



DE DON ANTONIO ORILLANA.

Nueva relacion, en donde se refieren los amorosos sucesos de dos amantes, naturales de la ciudad de Toledo: dase cuenta como por haber dado muerte á un caballero, se ausentó el galan de la ciudad, y sabiéndolo la dama, fue en busca suya, y como vinieron á casarse.

En la mas bella ciudad
 que calienta con reflejos
 el gran padre de Faetonte,
 que es la imperial de Toledo:
 en este opulento olimpo
 residia un caballero
 Don Antonio de Orillana,
 que en lo galan y discreto
 era otro segundo Adónis,
 y en el valor un Pompeyo.
 Este saliendo una tarde
 buscando un divertimento,
 en las márgenes del Tajo
 quiso elegir su paseo.
 Sentado sobre una peña
 oyó con tiernos lamentos
 á dos mugeres llorando,
 y ambas venian huyendo
 de dos hombres, que lascivos
 las venian persiguiendo.

A Don Antonio llegando,
 dijeron ya sin aliento:
 si como lo parecis,
 y lo muestra vuestro aspecto,
 sois noble, en esta ocasion
 obrad como caballero.
 Levantóse Don Antonio,
 diciéndoles: caballeros,
 el perseguir las mugeres
 no es de generosos pechos,
 ni alcanzar con violencias
 lo que no pueden los ruegos;
 supuesto de mí se amparan,
 he de cumplir lo que debo,
 procurando defenderlas,
 pues ya es cosa de mi empeño.
 Ellos dieron por respuesta:
 el poder del mundo entero
 no es bastante á reservarlas
 del furor de nuestro intento;

si vos quereis defenderlas,
perdereis la vida luego.
Y respondió Don Antonio:
seis villanos, y por eso
habeis dado esa respuesta;
sabed que yo las defiendo,
y es mejor calle la boca
lo que ha de hablar el acero.
Y sacando las espadas
los tres valientes guerreros,
cada cual quiere llevarse
el lauro de aqueste empeño.
Y el valiente Don Antonio,
hecho un leon carnicero,
era cada golpe un rayo,
y á los primeros encuentros
repartió cuatro estocadas
entre los dos, y con eso
aplacaron la soberbia,
y cobraron algun miedo.
Llevólos acuchillando,
cual trompicando y cayendo,
á las orillas del rio,
y viéndose entre dos riesgos,
del acero y los raudales,
tuvieron por mejor medio
el arrojarse á las aguas.
y al uno fue de provecho,
pues se pasó al otro lado;
pero el otro compañero
bebió en vasos de cristal
la muerte, dejando el cuerpo
para pasto de los peces,
y allí pagó sus escesos.
Volvió luego Don Antonio
á las señoras, diciendo:
ya, señoras, estais libres
de aquellos bárbaros ciegos.
Ellas le dieron corteses
muchos agradecimientos;
é inclinándose á la una,
vido un soberano objeto.
Mirábase el uno al otro
con tal cariño y afecto,
que amor previno su arco
para el tiro, y fue tan cierto,
que quedaron de su flecha
heridos los dos á un tiempo.

Dijo Orillana: señora,
que estoy cautivo os confieso,
pues no puedo resistir
los amorosos incendios
de tus ojos que me abrasan;
y pues consagro mi afecto
á tu divina hermosura,
halle en tu piedad remedio.
Ella respondió discreta:
señor mio, lo primero
quiero que sepais quien soy;
escuchadme un rato atento.
Mi nombre es Doña Josefa,
y soy hija de Don Pedro
de Caycedo y Valenzuela,
mayorazgo y caballero;
esta señora es una ama,
dueña que en casa tenemos:
salió esta tarde de casa
solamente con pretesto
de divertir cierto achaque
de un melancólico afecto:
yo por divertirme un rato,
salí en su acompañamiento;
cuando aquellos descorteses,
como el ir solas nos vieron,
se atrevieron á nosotras,
villanos cuanto groseros;
lo demás ya lo sabeis.
Esto es cuanto á lo primero
del referido fracaso:
cuanto al segundo argumento
de que estais enamorado,
para esta noche os espero
en punto de media noche,
que por la reja de un huerto
podremos hablar de espacio.
Con esto se despidieron,
quedándose Don Antonio
casi loco de contento.
Llegó en efecto la hora,
y por la reja se vieron,
y con afectos amantes
ambos á entender se dieron
lo mucho que se querian;
que amor los tenia ciegos.
Habláronse muchas noches
siempre amantes y contentos:

pero la adversa fortuna
les rodeó un contratiempo:
fue el caso de esta manera,
que en la casa de Don Pedro
dejaron depositada
á una dama de respeto,
Doña Josefa Ramirez,
y Don Fernando Salcedo
era el tal amante suyo;
y amor que causa desvelos,
quisieron hablar de noche,
y aquesto lo consiguieron
por un bien corto interés,
que á una criada le dieron.
Bajó en efecto una noche
á la tal reja del huerto
Doña Josefa Ramirez,
á hablar con su amado dueño,
no lo supo Don Antonio;
y según su estilo hecho,
halló la reja ocupada,
y rebentando de zelos,
acercóse poco á poco,
y con el mismo silencio
oyó el nombre de su dama,
y con sumo rendimiento
aquellas dulces palabras:
si me quieres, si te quiero.
Imaginó Don Antonio,
según lo que estaba oyendo,
que aquella era su dama,
que tenia amores nuevos:
y se acercó hácia la reja
por conocer al sugeto.
Quién va, dijo Don Fernando;
quien os quitará del puesto,
y juntamente la vida,
por el mucho atrevimiento.
Esto que oyó Don Fernando,
con valeroso denuedo
sacó la espada y rodela
tan liberal como diestro.
Embistióse el uno al otro,
dándose fuertes encuentros;
y el valiente Don Antonio
le tiró con tal acierto,
que le atravesó la espada
por la boca hasta el cerebro,

y sin que Jesus dijera,
cayó Don Fernando muerto.
Alborotóse la calle,
y Don Antonio sabiendo
que era de partes muy guesas,
trató quitarse de enmedio,
y á otro dia se ausentó
con cuidado y con recelo.
Y sabiendo de esta ausencia
Doña Josefa Caycedo,
recogió todo su oro,
y sin temer ningun riesgo,
se fue á casa de un vecino
con recato y con secreto.
Alli estuvo algunos dias,
donde supo por muy cierto,
como estaba en Barcelona
Don Antonio, y al momento
se vistió en traje de hombre,
y amparada del silencio,
salió dejando su patria,
donde con unos arrieros
llegó en fin á Barcelona,
y con cuidado y anhelo
empezó á adquirir noticias,
y supo por muy estenso,
como se habia embarcado
con diferentes sugetos.
Aqui perdió la esperanza,
aqui fue su desconuelo,
lloraba la hermosa dama
las desdichas de su dueño.
Con esta zozobra estaba,
y al cabo de poco tiempo
supo que andaba su padre
buscándola con empeño
para hacer un ejemplar
que sirviera de escarmiento;
y mudándose el disfráz,
por si acaso era señuelo,
con hábito de ermitaño,
un casquete del cabello,
y unas barbas con que hacia
un viejo muy reverendo,
se salió de Barcelona
por escusar este riesgo;
y llegando á los Afaques,
sitio que está al mar frontero,

entre unos duros peñascos,
allí su mansion haciendo,
para el sustento pedia
limosna á los pasajeros.
Allí estuvo siete años,
y al cabo de aqueste tiempo,
estando triste una tarde
en sus desdichas leyendo,
vió que un hombre se le llega,
y cortesano y modesto
le pide por Dios le ampare,
y ella compasiva al verlo,
le dijo que se sentase,
y ya le daba en el pecho
el corazon sobresaltos,
queriendo reconocerlo;
y con impulsos del alma
le dijo: por Dios te ruego,
me digas de tus trabajos
la causa y motivos de ellos.
Lo haré con gusto y agrado,
que es justo el obedeceros:
yo me llamo Don Antonio
de Orillana, y es Toledo
la natural patria mia:
puse mi amor y mi afecto
en una discreta dama,
hermosa como el sol mismo,
y rondándola una noche,
le dí muerte á un caballero,
pensando hablaba con ella,
y luego supe por cierto
qué estaba hablando con otra
dama suya en aquel puesto.
Salí huyendo de mi patria,
y en Barcelona, en efecto,
me embarqué y me cautivaron;
y estando en el cautiverio
con otros muchos cautivos
fui convocado en secreto,
y con una embarcacion
nos levantamos á un tiempo;
y navegando hácia España,
corrió tan soberbio el viento,
bramó el mar, y en un peñasco
chocó el pobre barquichuelo,
y en pedazos dividido
todos los mas perecieron,

y en fin una tabla endéble
me pudo sacar á puerto.
No paseis mas adelante;
decidme ahora, caballero,
si supieseis que esa dama
en aqueso mismo tiempo
dejó casa, hacienda y patria,
solo por iros siguiendo,
y ahora la vierais, qué hariais,
en aqueste lance puesto?
la amparára, pues ya era
obligacion de mi empeño.
Y te casarás con ella?
Como ella quisiera, luego.
Aun tengo mas que deciros:
yo he sabido por muy cierto
de que está aqui en Cataluña
habitando en un desierto.
Ahora se doblan mis males:
ya es mayor mi sentimiento;
adios, amigo, que voy
á buscarla: quiera el cielo,
que mis ojos hallen luz,
y mi corazon consuelo.
Ella, asiéndole, le dijo:
á dónde vais, deteneos,
que estais hablando con ella,
y él la dijo: mire el viejo,
¡cómo se burla de mí!
adverta que eso es mal hecho.
Dueño querido, yo soy
Doña Josefa Caycedo;
y quitándose el casquete
y las barbas, al momento
la conoció Don Antonio.
Dejo los muchos extremos,
los cariños y ternezas;
y por lograr su remedio,
se fueron á Tarragona,
y al Arzobispo dan luego
noticia de todo el caso,
y los desposó al momento.
A Toledo se pasaron,
las partes se compusieron,
le entregan los mayorazgos,
que habian sus padres muerto,
y se gozaron alegres,
dándole gracias al cielo.